El resplandor de las cosas rotas

Nota sobre el Resplandor

La luz no desciende desde lo alto, irrumpe desde la fisura. Ahí donde la materia se quiebra un charco estremecedor, la arista de una baldosa astillada, la botella que ya no guarda vino, se abre un ojo secreto por la cual el universo espía su propia grandeza. El resplandor de las cosas rotas no es la huida del brillo original, sino su metamorfosis compasiva, la herida se vuelve lámpara, el hueco se vuelve puerta, el descarte se vuelve semilla.

Quien se inclina sobre la grieta no practica caridad, practica reconocimiento, confiesa que también su ser está lleno de hendiduras y que, sin embargo, yace. Contemplar lo mínimo es una forma de alta metafísica, en la gota que pende del pasamanos dialogan Heráclito y la abeja, en la moneda oxidada susurran los mercados y los sueños, en el ladrido del perro sin dueño afina la sinfonía que los dioses olvidaron componer.

De este credo nace el poemario. Cada pieza es una antorcha humilde que alumbra una ruina cotidiana para revelar su núcleo de misericordia. La Cantata a la Chacarera Silenciosa le da voz al pudor, recuerda que no toda celebración merece voz alta, que a veces cantar es callar para que la tierra cante sola.

Así, lector, al recorrer estos versos no busques catedrales de egos, busca la abertura leve por donde se cuela el alba. Si una centella perdura en tus costillas al cerrar el libro, habrá sucedido el milagro, el resplandor habrá encontrado un hogar en la fisura de tu propio asombro, y el mundo por diminuto que sea habrá encendido otra lámpara interior.

Reflexion para un charco de luz

Prólogo I

Al borde de un charco espejo rasgado donde la noche cipriana pule su canto brota la primera, una sistole de fango e insectos que convoca a las patrias diminutas. Deja que tu oído se desnude, oirás el bombo legüero besar el agua, como quien acaricia la mejilla de una ausencia. Bajo ese golpe caben el sudor del surco, la bruma de Lavalle a las tres y treinta y tres, y la memoria del gaucho que arreó sus penas silbando zambas al resplandor de un farol enfermo.

Ven, lector, sostené la candela de tu ternura sobre esta geografía de migas luminosas. Cada verso quema con la dulzura desbordante de un amor que se sabe mortal, cada rasgueo eriza el orgullo federal, gauchesco, que no negocia su sol de verano ni su luna de chacra. Si alguna nostalgia te salpica los botines urbanos, déjala cincelar tu estancia, así sabrás que la patria verdadera vive en lo pequeño que persiste, obstinada pizca, cuando el resto se apaga.

En el charco de luz, patria de bolsillo donde el cielo se arrodilla para mirarse empieza el viaje. Acá la música es plegaria y la palabra, jinete que la sigue de cerca. Adelante, la madrugada abre sus puertas de rocío, que cada página sea un sorbo de viento norte que te recuerde, con suave severidad, quién sos y de qué luceros venís.

Prólogo II

"Yo me llamo Jorge Cafrune y soy un cantor del pueblo."

Te invito a imaginar, lector, esa voz hecha jinete que avanza por la pampa llevando en las crines del viento las mollas de un país de calandrias y silencios. Cafrune, fogón que camina no tocaba la guitarra, la desmalezaba hasta hallar, desnuda, la savia de las causas pequeñas. Cada cuerda era un limen donde el resuello popular podía recostarse a mirar las estrellas sin pedir disculpas por su humildad.

Inclinate un instante sobre su huella, verás que no es zanja sino charco, y en ese espejo breve palpita un resplandor diminuto, la luz de todo lo que suele pasarnos inadvertido. Una semilla que late bajo el durmiente, la caricia oxidada de un pasamanos, la osadía de

un gorrión que osa cantar encima de la sirena industrial. Ahí en lo minúsculo, en lo quebrado descansa la grandiosidad que a las deidades les pasa de largo.

Cafrune lo sabía, por eso entonaba su filosofía a cielo raso.

Que el canto es flexo que atiza del lado de adentro.

Que la guitarra no pertenece al músico sino al trigo que la nombra.

Que el gaucho no es estatua sino pregunta abierta al horizonte,

y que la fama más hondo proviene de la risca donde aún emaná la ternura.

Con ese destello iniciamos este poemario. Hallarás, tras estas páginas, diecisiete piezas una cantata y un haikú que veneran el esplendor de lo imperfecto.

Que esta página funcione como quietud y campana, un lugar donde reposamos juntos antes de internarnos en la selva de hostilidades y deseos que se avecina. Tomemos mate amargo, filosófico y recordemos el secreto que Don Jorge guardaba en la bombilla:

Nada del universo es pequeño si mantiene encendida la ternura.

Culto insignificante del Charco

El charco, cáliz casual de una tempestad

despliega su retablo de hidragirio

en la capa rota del neme.

Sobre su tersa oscuridad navegan,

como evangelizadores exhaustos,

los taxis que zumban promesas amarillas,

y un semáforo derrama esmeraldas breves

que el agua custodia

con devoción de relicario prestado.

Me arrodillo ante esa pupila líquida,
toda la bóveda cabe en su óvalo mínimo.
La luna desciende, reducida a dracma de nácar,
una nube se posa, pañuelo de algodón nostálgico,
mi rostro se desmiembra en escamas de vida
y vuelve a soldarse cuando me levanto,
mientras un viento leve borda círculos de arpegio
sobre la epidermis dudosa del charquito.

Qué ternura, pensar
que un charco sostenga el atlas de los astros
sin reclamar cúpula ni monumento,
que lleve en si una liturgia de relámpagos
mientras las suelas apresuradas lo hieren
con la ignorancia de la prisa.

Lo nombro en voz de terciopelo
para no quebrar su cristalina vigilia
y le confieso mi propia sed,
también soy un charco, digo,
un hueco que atesora resplandores ajenos
cuando la noche inclina sus hombros.
Él, sacerdote de agua humilde,

me absuelve con una caricia de viento,

me devuelve el reflejo, más hondo, más azul,

como si mi melancolía hubiese sido lavada

en la placenta tibia de su silencio.

Al retirarme,

la brisa peina su oquedad con dedos invisibles,

una hoja, barca de cobre,

zarpa en busca de un océano que cabe en una lágrima.

Y comprendo con esa dulzura que huele a comida del día anterior,

que nada está perdido

mientras un jirón de cielo encuentre cuna

en la herida luminosa de la tierra maltratada.

Baldosa Huérfana

Bajo la incandescencia desordenada de la avenida,

donde la noche derrama su vals de artificios

una baldosa rota custodia el secreto del mundo.

Fracturada, hundida,

es un corazón de arcilla que aún bombea

memorias de cal y canto al paso distraído.

En su rajadura anida el agua primera de la lluvia,

un espejismo turbio que conserva

el gemido verde de la tormenta.

Alrededor, las suelas gimen su apuro,

pero ella, en silencio de reina,

sabe detener el tiempo

con la paciencia antigua de los titanes olvidados.

¿Quién le dio forma?

Tal vez un obrero anónimo,

con manos que olían a tortilla recién nacida,

dibujó su cuadrícula en la calidez del mediodía

y dejó, sin saberlo,

la curva de su presencia atrapada en el cemento.

Desde entonces la baldosa guarda esa energía

como un relicario escondido en la intemperie de la rutina.

Poso mi mano sobre su lomo abandonado,

y me responde un quejido casi imperceptible,

una música subterránea

que recuerda la reverberación de los pasos infantiles,

las travesías de zapatos gastados,

las confesiones caídas de los bolsillos.

En la leve franja donde se esconde la sombra,

percibo la hospitalidad de los que amaron en secreto

y la sal de los que partieron sin monedas.

¡Qué ternura feroz!

Ella sostiene la ciudad entera

con la dignidad de un sol fatigado,

cada amanecer la patea la indiferencia,

pero al atardecer,

sigilosa, reúne los trozos de luz dispersa

y los alza candela de lo diminuto

para que no se extravíe el regreso de los cansados.

Yo la bendigo con el nombre del silencio,

la llamo hermana de mi costado vulnerable,

pues sé que mi tórax también se cuartea

y aun así carga sueños ajenos.

Aprendo de su fisura

que la belleza no es lo intacto

sino aquello que, roto, rehúsa la rendición.

Cuando me aparto,

el viento peina su arrastre con blandura de nodriza,

una hormiga cruza la traza

como si atravesara un puente colgante hacia el azúcar.

Y entiendo, con la melancolía sutil, aroma de yerba vieja

que todo cosmos cabe en un cuadrado quebrado,

si hay un ojo dispuesto a contemplar,

y un verso que se incline

para besar... la diminuta estatura de su milagro.

Árbol que musita Bajo el destello

En la vereda estrecha aguanta un árbol,

tronco aterciopelado de historia y savia truncada,

sus raíces, manos de ciego, tantean un suelo

donde apenas cabe el recuerdo de praderas perdidas.

Lo rodea una ciudad que se expresa en semitonos de claxon,

pero él levanta su ramaje

como una suplica desplegada a la intemperie.

Lo contemplo:

cada corteza es un archivo de climas antiguos,

cada nudo, la firma coral de los sucesos.

Hay fisuras diminutas donde anidan

moronas de luna y el persistir de un colibrí extraviado.

Ahí, en ese ranura oscura,

la noche deja caer su rocío más frágil,

diamantes sin dueño que nadie recogerá.

Me acerco, rozo la piel áspera,

el árbol me concede un deseo de agua subterránea,

una confidencia que huele a clorofila envejecida.

Siento entonces el instante secreto

que ascendería, sierras y laberintos

solo para regalar una hoja

que morirá anónima sobre el pavimento.

Qué compasión obstinada,

él celebra la primavera con un brote minúsculo

aunque sepa que el cemento

no le dará zorzales ni aguaceros generosos.

Alberga igual su breve consagración,

un insecto que transporta un grano de galletita rotunda,

un nido deshilachado que sobrevive en la horqueta,

una telaraña que tañe su arpa de silencio

entre luces de semáforo que ciegan.

Yo, hombre de pasos urgentes,

apoyo mi frente en su corteza

y oigo, en la cavidad profunda,

la memoria de un río que nunca aprendí a pronunciar.

Comprendo, la savia es centinela de recuerdos,

la rama, catedral de los suspiros invisibles,

la hoja caída, evangelio de despedidas dulces.

Bendigo su obstinación rota,

su empeño de escribir verdor

sobre el cuaderno gris de la avenida.

Bendigo el musgo que trepa su costado

como un poema analfabeto que, sin saber leer,

enseña al indiferente a conjugar la palabra ternura.

Al marcharme, un aura sacude su follaje

y me despide con lluvia privada de hojas,

llevo en el hombro la melancolía de ese saludo,

como quien porta un mensaje que nunca enviará.

Pero sé, con certeza,

que mientras un árbol sobreviva al olvido

habrá una fuerza mínima en el mundo capaz de sostener

la belleza rota de todo lo pequeño.

Sinfonía Menor de los Sin Collar

Se abre la tarde como una granada fatigada,

y en la pulpa del asfalto ocurren pasos sin dueño.

Ahí circundan los sin collar,

lentos acordes de pelaje herido,

tañendo sus costillas

como xilófonos de viento y penumbra.

El perro husmea un resto que ya sólo huele a recuerdo,

su cola, metrónomo roto, señala un compás invisible

donde alguna vez aullaron verbenas y bordes de mantel.

Ladra, sí, pero su ladrido es un sorbo de niebla

que pide permiso para no desaparecer.

La gata se desliza, campana muda

polvorea con sus bigotes el polvo fosforescente de la noche.

En cada salto recoge restos de estrellas caídas

y la guarda, sigilosa,

para remendar la capa del cielo cuando el frío se hace centro.

Me arrimo y dejo caer migas de voz,

"perdón por la casa que no supe abrir,

por el cuenco sin agua,

por el nombre que olvidé inventarte."

El perro inclina su oreja

vasija sagrada que recoge mi culpa,

la gata enrosca una melodía de ronroneo

alrededor de mi tobillo migrante.

Descubro entonces que ellos custodian,

en la intemperie,

la ternura que los hombres vamos perdiendo,

como llaves oxidadas en la vorágine.

Sus ojos, ascuas humildes,

encienden la parte del mundo que reniego mirar.

Son la oración que la tierra pronuncia

cuando el cauce del amor se queda sin verbo.

Y comprendo, con esa melancolía que sabe amarga,

que la ciudad entera cabría en su respiración entrecortada

si nos atreviéramos a oírla.

Dejo mi sombra a su lado,

que sirva de manta mientras el tráfico domina,

dejo mi pulso,

para que duerman sin miedo bajo esta bóveda de ruido.

Al alejarme, su presencia perdura

como fragancia de yuyo después de la lluvia,

y una promesa cuaja en mis entrañas:

no habrá mañana posible

si no aprendemos a pronunciar "hogar"

con la musicalidad exacta de una mano tendida

y el fulgor de un comedero lleno.

Porque sólo aquel que recoge la brizna rota

puede sostener el astro implacable,

sólo el que abraza al sin collar

puede decir que conoce

la partitura secreta de la compasión verdadera.

Victoria diminuta

En el resquicio del cordón brotó un brote verdísimo

un alfiler de esmeralda que desobedeció al cemento.

Lo vi temblequear entre colillas y hollín,

y sentí que el día se agrandaba medio centímetro.

Levanté mi taza al aire como quien brinda sin testigos,

por la raíz que no leyó los planos de la ciudad,

por el agua anónima que, en secreto, la amamantó.

Un chofer frenó, vio el brote y sonrió:

con eso bastó para que el tráfico aflojara su ceño.

Qué triunfo sin fanfarria,

una hebra viva que firma su nombre en la piedra,

y una sola mirada compartida

que le otorga ciudadanía de milagro.

Ya puede venir la noche,

hay un faro verde custodiando el asfalto.

De la indiferencia del que no sufre.

Nocturno de Cartón y Estrella

La tenebrosidad despliega su manta de contaminación

y, en la costura más fría del boulevard,

un hombre se acurruca dentro de un rectángulo de cartón,

pequeña balsa varada

que náufraga a la deriva del sueño.

Su resoplido, vaho de pétalo marchito

sube y baja con la cadencia de un bandoneón cansado,

cada exhalación es un acorde menor

que intenta reencender la fogata de un nombre olvidado.
La ciudad, sin embargo, pasa de largo,
como un río de trajes impermeables
que rehúyen la música del silencio.

Me acerco despacio,
para no rozar la delicada humanidad de su sueño.
Veo cómo un lucero fugitivo
se cuela por el hueco del toldo
y queda detenida en su frente,
encendiendo un mapa diminuto de infancia,
un perro mestizo que alguna vez tuvo collar,
un balón de trapo que nunca supo de victorias,
la voz distante de una madre que aún lo llama
desde la orilla irremediable de la memoria.

Despliego una pequeña ofrenda de palabras ,
no quiero despertarlo, tan sólo abrigarlo,
que ese cartón sea barca de pan reciente,
que la cerámica de la vereda se vuelva pradera
y el rocío, vino templado.
Le dejo mi alma doblada a los pies
como cobija de entendimientos,
para que el frío húmedo, no le robe la última sílaba de aliento.

Comprendo, con añoranza que sabe a luz de luna en agua vieja,

que las murallas que me rodean

no son más sólidas que su cielo abierto,

que sólo nos separa la ilusión de un cerrojo

y el aroma insonoro de un plato caliente.

Él clérigo sin templo,

consiente al mundo a cambio de nada,

custodiando el sueño de los que pueden dormir sin miedo.

Juro en secreto

que la compasión no sea brasa fugaz,

sino llama lenta que perfore el concreto.

Al marcharme, la estrella todavía reposa en su ceja

y la ciudad, por un instante,

parece inclinarse sobre ese rectángulo de cartón

como si escuchara, por fin,

la delicada sinfonía de un alma que resiste la inclemencia.

Y sé, con felicidad que sabe a esfuerzo arduo,

que la patria verdadera

se funda cada noche

en la estadía desconcertada de los sin techo,

y que el amor, para ser legítimo,

debe extenderse allí donde el sueño tiembla

con la belleza rota de un pájaro sin nido.

Cántico para la Flor Levantada

La arteria exhala su mojo de plástico y bocinazos,

y el odio musgo negruzco, se adhiere a los bordes del día,

rostros blindados, lenguas que afilan la saliva,

pasos que atropellan sin mirar el sentido de lo vivo.

Entonces la veo,

una flor derribada, pétalos sucios de tráfico,

como un corazón caído de su querer.

La recojo,

y el mundo contempla un segundo de azucena incrédula.

Me reprocho,

yo también he sido filo,

he pasado antes por este mismo fragmento de cemento,

sin escuchar el gemido vegetal de la belleza rota.

Mi indiferencia, espejo turbio,

refleja la violencia que denuncio.

Aprieto la flor en su tallo suave sobre mi mano,

su savia, leve, escribe en mi piel un vocabulario verde

que suena a perdón.

Comprendo que resistir no es clavar banderas,

sino curar el pétalo pisoteado

y regar de terneza el corpúsculo donde rechina la injuria.

Hay quienes aún se inclinan pocos, silenciosos,

para recomponer las hebras del asombro,

una anciana que comparte su biscocho con la figura de un perro,

un niño que abriga con bufanda de lana

la estatua helada de un prócer olvidado,

un albañil que deja un trago de mate

a la boca reseca de la tarde.

Su gesto pequeño incendia la noche

con una claridad que el odio no entiende.

Vuelvo a mencionar mi culpa,

la flor me absuelve sin sermones,

pide sólo un regazo de agua, un trozo de calma.

Se lo doy, y ella, agradecida,

respira una luz diminuta que me atraviesa.

Así aprendo la música interna del perdón,

un compás humilde que vibra

cuando el rencor se disuelve en el hueco de la mano.

Prometo, con humildad que huele a vergüenza primera,

no dejar caído ningún brote viviente

sin ofrendarle mi espalda para que se alce.

Porque el mundo se salva por el puñado

que elige comprender cuando todo empuja a condenar,

por el que mira en el enemigo

una flor aún plegada,

y acaso por esta flor pálida, despabilada

que ahora, contra mi cuerpo,

pronuncia su nombre recién curado

como una campana mínima

que invita al amor a quedarse.

Una octava más.

Elegía del Cristal Huérfano

La ciudad bosteza su resaca de ansiedades

y, en la cuneta, una botella yace,

vientre de vidrio exhausto,

cuerpo que alguna vez sostuvo el fulgor del vino

y ahora bebe mugre y pisotones.

Sus paredes translúcidas guardan

el eco de risas evaporadas,

un concierto de brindis que el tiempo apagó.

Aún vibra, tenue, la memoria de un sorbo feliz

entre la roya y el tizne que la ciñe.

Me inclino, la tomo con dedos de sigilo.

El sol se cuela por su cuello herido

y proyecta un óvalo de luz en mi palma,

vela diminuta que sacude,

como la voz de un juglar que olvidó la canción.

Pienso en mi propio pasado,

botella de secretos gastados,

y siento que su vacío y el mío dialogan

en un idioma de cristal y vértigo.

Qué dulzura reconocer al otro

en la cóncava quietud de la intemperie.

Dentro, una mota de mugre danza,

bailarina gris sin público

girando en círculos perfectos

como si coreografiara

la obstinada esperanza del residuo.

Comprendo entonces

que no hay exilio para el que todavía sueña con música.

Paso mi manga por su vientre,

desalojando la tristeza que la empaña,

el vidrio responde con un timbre de sirena leve,

agradecido de volver a transpirar claridad.

Prometo devolverla al ciclo,

que el horno la funda y, renacida,

vuelva a guardar el abrazo efervescente del agua.

La coloco erguida junto al cesto,

como quien planta un estandarte humilde.

El viento roza su boca

y arranca un silbido cristalino,

mínima música que viaja

hasta el oído distraído de la avenida,

recordándole que la belleza persiste

donde alguien se inclina a levantarla.

Me aparto con nostalgia que sabe a vino de antaño,

pero con la alegría agridulce

de haber devuelto al mundo una semilla de transparencia.

Y dejo escrito en el aire,

con la caligrafía invisible de los actos pequeños,

todo recipiente vacío aún puede ser cántaro,

todo corazón desechado aún puede ser cántico,

si una mano compasiva decide, a tiempo,

rescatar su belleza dormida.

Soneto criollo urbano

Farol agotado, guardián de esquina pobre,

tu luz matea oquedades con pirexia de taberna,

la calle, longaniza de penumbra eterna,

palpita tu pálido latido de cobre.

Con tu pulmón de aceite el viento recobre

coplas de sulky y lunfardo en caverna,

bajo tu pestañeó la ciudad reconcilia,

el mate amargo del que no sobra.

Mas tu sismo, farol, no es sólo agonía,

es incienso de pericón que aún invita

a bailar al polvillo que nadie veía.

Si caes, la noche será casi infinita,

mas mientras respire tu luz tardía,

la patria de lo roto tendrá cita.

Concierto Íntimo para un Habitante del Silencio

Esta noche tu cuarto es una embarcación quieta,

suspendida en un océano de aire dormido,

el reloj contempla, leve, como un pez de latón

que no se atreve a saltar.

En el alféizar, un grano de partícula gira

planeta diminuto,

buscando la órbita de tu mirada cansada.

Sé que temes a la vastedad del hueco,

a ese eco que mastica tus pasos

cuando el mundo se repliega detrás de sus persianas.

Pero escucha, en la penumbra florece

un jardín secreto de cosas minúsculas

que te pronuncian en voz bajita,

la grieta del yeso donde anida un hilo de luz,

la cucharita que entibia su cuenco de acero

con la memoria templada del último café,

la hebra suelta de tu manta

que repite tu nombre como un rezo de lana.

No estás solo, hay un silbido de luna

que se cuela por la hendija y acaricia tu frente.

Hay un coro de motas que ensayan un vals

sobre la lámpara enferma,

y un libro abierto que guarda, entre sus labios de papel,

un sentir que se parece al tuyo.

Pon tu oído en el silencio,

escucharás el anima diminuta de la madera,

el susurro del vaso que desborda transparencia,

la confidencia de un clavo que sueña

con sostener el marco de un futuro cuadro.

Todas esas voces sin garganta

te buscan para completarse,

eres la cifra que les falta,

el modista que las cose a la realidad.

Y si la melancolía te lame los talones

como un perro perdido,

detente y ofrece tu mano a lo invisible,

sentirás la ternura del aire

rodear tus dedos como un río sin cauce,

y en ese roce de nadie con nadie

una brizna de eternidad encenderá su linterna.

Porque la soledad, querido mío,

no es un páramo sino una arca cerrada

donde los ruidos del mundo reposan

para que puedas oír tu propio ruido.

Ábrela sin miedo, adentro encontrarás

la llave oxidada de tu infancia,

un trozo de sol que olvidaste en el patio,

y la antigua semilla de una risa

que aún germina en tus huesos.

Así, cuando amanezca,

saldrás con la mente alumbrada

por la linterna secreta de lo pequeño,

y cada cosa, la piedra, el charco, la hoja caída

te reconocerá como hermano

en la sagrada vocación de permanecer.

Entonces sabrás que nunca estuviste solo,

el universo entero ha velado tu sueño,

esperando que aceptes este concierto íntimo

donde la vida, en su nota más baja,

canta para ti.

Canción de Arrullo para el Cansado Desconocido

Detén tu paso, hermano de los párpados de plomo,

deja que estos versos te ofrezcan

un lecho breve donde las horas se desaten del tobillo.

Aqui la noche no empuja,

aquí la culpa cuelga su abrigo

y el ser encuentra compás en la magnificencia del silencio.

Sé que tu espalda guarda

la cartografía secreta de mil jornadas sin tregua,

que tus manos huelen a esfuerzo envejecido

y tu corazón quiebra con el chirrido

de un muelle que ya no recuerda la marea.

Permite que mis palabras sean paño tibio,

que descansen sobre tu frente

como nieve que aprende a derretirse despacio.

Toma asiento en la humilde hamaca de esta estrofa,

balancea tu cansancio con el viento menor

que brota de las sílabas.

Escucha cómo el verso dibuja

una cuna de musgo donde cabe tu fatiga entera,

y deja que la reverberación de tu nombre, aunque no lo conozca

retumbe aquí, obediente y leve,

como el galope de un potro que sueña con llanuras.

No hay agotamiento inútil.

Cada gota de sudor que selló tu frente

es una constelación que nadie más podría enseñar.

Cada lágrima no mostrada alzó

el arbotante invisible de alguna casa lejana,

cada instante que apretaste entre los dientes

sostuvo un puente que otros cruzaron sin saberlo.

Yo, desconocido que te escribe,

te nombro centinela del mundo que madura en silencio.

Celebro el hierro en tus luceros,

la espesura en tus pulmones,

la lentitud con que tu sombra se acuesta sobre el suelo,

son señales de que has amado fuerte lo que hacías,

de que tu paso dejó raices ocultas

bajo el asfalto indiferente.

Apaga, pues, la bombilla de la urgencia.

Recuéstate en la resonancia baja de estas palabras,

que actuarán de almohada de bruma,

y deja que el sueño venga

con sus corceles de salvia y hierbabuena.

Mañana, cuando abras los ojos,

encontrarás que tu cansancio se ha vuelto fragancia,

y que alguna flor sin nombre

asomará donde antes había grava.

Hasta entonces, duerme,

mi voz velará la puerta,

mi silencio ahuyentará los ruidos de la noche,

y un coro de certezas nacidas de las vocales,

mantendrá en alto la vela de tu dignidad.

Descansa, hermano anónimo,

la fatiga es un río que, al fin de su curso,

se vuelve remanso para los que lo merecen.

Contracanto del Centavo Oxidado

En la canaleta duerme un centavo demacrado,

milenaria luna de cobre a la que nadie saluda.

Lo tomo, su glacial trepa a mis dedos

como una remembranza exiliada que pide volver.

No vale casi nada, dicen las bolsas, los bancos

pero al girarlo contra la luz nace un astro minúsculo,

una lumbre que cabe entre las rayas del pulgar

y titila, obstinada, en el rescoldo de la tarde.

Pienso entonces: ¿para qué serviría guardarlo?

Sería apenas curiosidad de bolsillo.

Así que lo ofrezco a la mano cansada

de un violinista callejero

que emparcha melodías con cuerdas de hambre.

Él sonríe y su arco enciende

una fracción de opera que se eleva sobre el ruido.

No hay dios que contabilice este acto,

ni libro mayor donde se apunten los rescates diminutos.

El cielo no mudará de color

ni brotarán lirios en los adoquines.

Pero algo, adentro, aguarda más hondo,

un pájaro que ganó un centímetro de vuelo,

un músculo que deja de morderse a sí mismo.

Compruebo en la médula
que el bien no es promesa de premios,
es un espejo oculto bajo la piel,
y cuando lo lustramos con gesto sencillo
refleja una claridad que nos endereza la columna.

El violinista se aleja,
el centavo vibra ahora en la caja del instrumento,
condensado en música que alcanzará oídos sin nombre.
Camino ligero, casi zamba,
con la certeza azucarada de haberme sanado
mientras creía curar un cobre sin destino.

Y decido, con voz de agua apenas balbuceada,
que nunca es tarde para juntar otra moneda perdida,
o una flor pisoteada,
o el suspiro desgarrado de quien duerme sin techo.
Porque cada rescate es puente interno,
antorcha que, al encender al otro,
nos devuelve intacto el matiz,
donde aún posa fresco, alcansable,
el mejor de nosotros mismos.

Postal del Amanecer Pampeano

Selene suelta, al fin, su chal negro de carama.
La pampa, sabana quieta bosteza una luz de manteca joven.
El vacío se abre paso entre alfalfa mojada,
arrastrando promesas de ciudades, que tintinean como cuentas de un rosario silvestre.

Huele a rastrojo quemado, a leña que recuerda el fogón,
a masa que aún no existe pero ya promete su crocancia.
En el horizonte, los ombúes crecen despacio,
hinchando de rocío sus verdades ancestrales,
parecen bueyes cetrinos, remendados de alpaca,
que mastican silencio mientras esperan el jornal.

Un caballo rezuma vapor entre los cornicantos,
su relincho, timbre primero
despierta al hornero que tantea barro fresco
para edificar la casa de la jornada.

Sobre el pasto, la gota más leve se convierte en prisma,
ahí cabe un arcoíris en miniatura
que ningún satélite del progreso registrará.

Pero el paisano, de pie en la tranquera,

pone su ojo en la gota

y su esencia, milagrosamente, aprende otro color.

Entonces el día crece, pero sin apuro,

primero una fibra de oro roza la tierra,

luego un caldo de naranja se derrama sobre la llanura,

por último estalla el sol, mate acerbo recién cebado,

y todos los cascos, alas y manos

firman el parte diario de apolo.

Lector de ciudad, guarda este cuadro en tu memoria.

Llévalo cuando el táctil se fatigue,

cuando la máquina te niegue su nombre.

Recuerda que en algún lugar

un pasto aún concede perdón a la pisada,

que el viento sigue escribiendo décimas

con tiza de nube sobre el pizarrón del cielo,

y que el resplandor más tierno

nace, cada mañana, de un rocío

que el mundo casi siempre olvida mirar.

Oda al alimento que no llegó a la mesa

En negrura púrpura de cocina

duerme un trozo de pan endurecido,

luz amarilla que, al caer de la tabla,

perdió su vocación de abrazo con los labios.

Nadie lo mira, mañana será bolsa oscura,

destierro de migajas que olvidaron el trigo.

Sin embargo, escucho cuando llora,

es el himno tenue de las espigas,

la sinfonía de los surcos donde el sol

tallaba sobre la espalda del labrador.

Conserva el murmullo del granero

y el canto monótono de las palomas del silo.

Pienso en la sopa que nunca cobijó,

en la mano infantil que hoy se duerme sin trozo,

en el anciano que revisa contenedores

como quien bucea en un pozo de estrellas apagadas.

El aroma rancio del pan sobrante

se me instala en la mente,

con la tristeza de un chelo que ensaya en silencio.

Vuelvo los ojos al tacho, lo rescato,

lo desmigajo en un plato de plástico

y lo mezclo con agua,

maná humilde para el perro del callejón.

Mientras devora su festín,

sus ojos me ofrecen una gratitud sin verbo

que ilumina la recova del alma.

Comprendo: la comida desperdiciada

es juez que devuelve mi rostro

cubierto de humillación moral.

Desperdiciar es fragmentarse,

salvar un bocado es zurcir la franja que nos une.

Profeso, con voz que huele a leña vieja,

que ningún resto será fracaso,

el pan duro se hará tostada en domingo pobre,

la fruta magullada, compota que alivie el invierno,

el caldo separado, consomé para la noche de vigilia.

Porque cada grano salvado del abismo de la indiferencia,

restablece la música secreta de la tierra,

y quien tiende su mano al alimento caído

cosecha,

es una espiga luminosa que lo sostiene.

He aquí mi sutra mínimo,
que el pan encuentre siempre boca,
que la fruta halle paladar,
que el hambre y la abundancia
jueguen a intercambiarse los zapatos
hasta que no queden desperdicios
ni silencios ácidos detrás de la cena.

Y si alguna vez te descubres arrojando sobras,
abre la ventana y deja que el afuera,
les cuente la historia de los ojos vacíos,
verás cómo un simple mendrugo
puede coronarse de santidad
y volver a la mesa universal
donde todos, al fin, celebremos
la sagrada tarea de alimentarnos sin heridas.

Refrán del Agua y del Oído

Al comienzo del amanecer, la ciudad esboza su primer ordenanza.
Dos desconocidos se cruzan,

uno lleva el cansancio en la espalda,

el otro, un manojo de prisa que chisporrotea.

Basta un leve "buen día"

esquema que resbala entre los labios

y la mañana, incrédula, reverdece.

Dicen los viejos, a nadie se le niega

ni el saludo ni un vaso de agua.

Yo añadiría, tampoco la sonrisa

esa golosina de aire

ni el oído que abre su puerta sin cerrojo.

Porque el agua calma la sed del cuerpo,

pero la escucha sacia

el desierto que crece adentro de la voz.

Imagina, extiendes un vaso transparente

y dentro estalla la claridad de un río remoto,

el otro lo bebe, y su garganta

aprende la melodía fresca de la corriente.

Luego, tu sonrisa,

primavera calida que se desliza por el borde del vidrio

y se queda flotando en la superficie como un lirio frugal.

Entonces callas y prestas el oído,

entra una historia, esfuerzo de ala lastimada,

entra una risa que naufragó en la víspera,

entra un igual que no encuentra un sentido.

Escuchas, simplemente escuchas,

y el mundo, sorprendido, descubre

que puede sanar sin bisturí,

que basta un silencio arropando la palabra ajena.

No hay orquesta, ni himno, ni profeta,

sólo la humilde ceremonia de estar presente.

Pero tu néctar recibe un simiente azul,

y esa pepita insinúa bases

que perfuma la negritud del día.

Así el bien regresa como llovizna discreta,

mojando primero los huesos,

luego el paisaje entero.

Cuando el encuentro termina,

cada uno se aleja con un ave nueva

anidando entre las experiencias.

No hay testigos, ni aplausos, ni sellos celestes,

sólo la suave certeza

de haber sostenido, por un instante,

el peso hermoso de otro corazón.

Que nunca falte, entonces,

el saludo que desencadena auroras,

el vaso que refresca la sed del camino,

la sonrisa que licúa el miedo,

y ese ancho oído puerto sin aduanas

donde toda voz cansada pueda atracar

y encontrar abrigo.

Porque en la simple urdimbre de esos gestos

se forja la patria invisible de la ternura,

una nación sin fronteras

donde cada quien, al nombrar al otro,

se nombra.

Revelación en Minúscula

Fui un mendigo de teologías,

desgasté mis sandalias en juzgados de normas,

hinqué la vista en biblias fulgurantes,

interrogué a los sabios hasta que sus voces

se volvieron bruma dentro de mi.

Creí que Dios ascendía en las cúpulas de oro

o se ocultaba detrás de capítulos densos,

y que bastaba el verbo solemne

para rasgar el velo del misterio.

¡Ingenuo de mí!

Nunca sospeché que el Altísimo

se hacía pequeño para pasar inadvertido,

reinaba en la constancia de un hormiguero

que vive en armoñosa fe,

cantaba en el chasquido recurrente

de la puerta que nadie engrasó,

en el yuyo de la baldosa

donde brota una desobediencia al mandato humano.

Dios estaba en la moneda oxidada

que nadie recogía por vergüenza al óxido,

en la cuchara mellada

que aún removía el estofado humilde,

en el farol engripado,

que alumbra una esquina que nadie agradece.

Ahí esperaba, sin dogma ni latín,

con el traje modesto de lo roto,

con la música suave de lo que apenas es.

Comprendo ahora,

con una ternura fría que me humedece los ojos

que buscaba un trono

y Él apenas ofrecía un charco.

Yo deseaba un coro celeste

y Él susurraba con la garganta de un gorrión

que equilibra sobre un cable al amanecer.

Así me inclino ante las migajas,

un pétalo marchito,

una botella vacía que atrapa la luz,

la pasión fatigada del hombre sin techo,

la flor que alguien pisó sin mirar su disculpa.

Todas ellas son reliquias vivas,

todas ellas evangelios sin tinta.

Ahora, cuando pronuncio el nombre Dios,

lo hago en voz tan baja

que apenas me oigo,

no quisiera sobresaltar al infinito

que cabe en la cáscara de un silencio.

Y si alguna vez vuelvo a los templos altivos,

llevaré escondida en el bolsillo

una piedrecita anónima,

para recordar que la majestad

también puede recidir en lo diminuto.

He dejado de buscar.

Bastará un soplido

que mueva la cortina,

el olor leve de una mesa compartida,

la huella difusa de un insecto sobre la pintura,

para saber que el rostro que perseguía

estuvo, desde siempre,

mirándome a través de los ojos sin nombre

de todas las cosas pequeñas.

Coda de Imperfección Agradecida

No soy buen escritor, las palabras me tropiezan,

riman donde no deben, callan cuando suplico,

tantas veces los adjetivos me crecen torcidos,

y el verso se encorva como rama golpeada por la helada.

Tampoco soy santo,

mi paciencia es tela que se enreda,

mi orgullo a veces usa espuela,

y el amor que intento dar llega tarde

o se queda corto de abrigo.

Pero si en esta hilacha de poemas

te quedó una pavesa mínima, casi invisible

que calentó tu madrugada,

entonces sirvió,

si algún adjetivo, torcido pero terco,

iluminó un rincón de tu memoria,

entonces sirvió,

si una imagen, como semilla fugitiva,

brotó en tu ser con hojas de ternura,

entonces sirvió.

He aprendido que la vida es un relámpago

que zigzaguea dentro de la cáscara de un instante.

No hay tiempo para esculpir la perfección,

basta con probar el sabor del aire fresco,

con oír la risa que se fuga entre los platos,

con sentir cómo aumenta el pulso

en un beso correspondido de domingo.

Por eso agradezco así, sin ceremonia,

al agua que se desliza por la garganta,

a la grieta húmeda de la pared que dibuja mapas secretos,

al perro que sacude su amistad sin condición,

al vibrar del último charco

que todavía custodia un espejo de cielo.

Agradezco incluso a la pena,

ella talla huecos donde la alegría

puede guarecerse cuando llega.

Si alguna vez tropiezo en mis propias letras,

que sea como quien tropieza en una vereda florida,

con la sorpresa de haber descubierto

un color nuevo entre las baldosas.

Y si vuelvo a errar en el amor,

que el error me enseñe la geografía del perdón,

ese país secreto donde también yo recibo cobijo.

Porque vivir, lo sé ahora

es un oficio de manos sucias y corazón despierto,

un teatro donde cada segundo

abre y cierra su telón de luz irrepetible.

Brindemos, entonces, por la imperfección que nos nombra,

por el verso que renguea pero avanza,

por el abrazo frágil pero abriga,

por este instante sí, este

que palpita como un pájaro diminuto

y ya, ya se nos escapa.

Cantata a la Chacarera que Decidió Guardar Silencio

Preludio de Bombo Apagado

Yo quise poblar estas páginas

con seis chacareras recién amanecidas,

seis fogones de cuero que tiznaran el aire,

pero escuché en mi rasgueo

la interferencia de una yesca mojada

y entendí con pudor de guitarrero

que una zamba fingida hiere más

que el silencio que acaricia la memoria.

Por respeto al monte y a la luna vidalera

guarde la guitarra como pena herida,

dejé que el mate apagara su llama

y abrí esta pausa para que el campo

no cargue un canto que no le pertenezca.

Guitarra Colgada

No es la obra la que empobrece,
empobrece el trino sin sed.
Si el bombo late sin alma,
que la boca aprenda a creer.

Cuelgo la viola en la horqueta del día,
que el viento la afine con sal de distancia,
que el polvo vuelva a la tierra que fue.
La chacarera merece talón descalzo,
cicatriz de arado y caballo sin rienda,
merece la risa de adobe de mi abuela,
el gallo que quiebra la neblina
y el silbo agudo del peón frente al alba.
Mi acorde, en cambio, flor de plástico,
relámpago sin trueno ni raíz.

Charco de Luz

Fue el charco ese inicio que guarda la ciudad
quien me dictó la renuncia.
Si tu bombo no sangra algarrobo,

vuélvete verso, allí posa tu candela.

Obedecí al oráculo del agua mansa,

quemé los borcegos del falso gauchaje

y traje esta cantata, descalza,

para que el folclore respire sin muletas.

Copla del Desagravio

Perdón, chacarera,

quise vestir tu cuerpo con traje de farol

y olvidé que te basta una brasa y un grillo.

Perdón, si confudí tu galope sincero

con el eco cansado de mis botas porteñas.

Vuelve al aire claro del monte,

guarda tu caja de paraíso y luna

hasta que unos dedos humildes,

templados en silencio y madrugada,

puedan nombrarte sin ofensa.

Lluvia Lenta

Yo me quedo, cronista de charcos y pasamanos

con la palabra de barro que sé pronunciar,

dejando el cuero sagrado

a quienes nacen con bombo en la sangre.

Si algo de música habita todavía en esta renuncia,

apriétalo contra el poncho,

quizá mañana florezca un rasguido verdadero

cuando la lluvia lave mi soberbia

y la tierra me regale un compás sin impostura.

Hasta entonces, lector, celebremos lo mínimo,

la luciérnaga que alumbra sin estribillo,

el silbo del mate que cuenta otra historia,

el charco de luz que refleja un cielo entero

sin pedir permiso al trueno ni a la vidala verdadera.

Epílogo

Haikú:

Grieta encendida

el día bebe su luz

en tu alegría.